

FERNANDO MACÍAS GROSSO

NOVELA POLICIA

EL

COMICINCELA UNIFORME DE PUNTO DE VISTA DE LA POLICIA

ASESINO DE COMPARSISTAS

NOVELA POLICIA

5ª
EDICIÓN

 SAMARCONDA

El asesino de comparsistas

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la cuarta edición en español, por:

© Fernando Macías Grosso
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103149
ISBN e-book: 9781524303433
1ª edición: diciembre 2014
2ª edición: enero 2015
3ª edición: diciembre 2015
4ª edición: noviembre 2017
5ª edición: enero 2018

Corrección: Sara Díaz Mata
Ilustración de cubierta: Marta Pombo Grosso
Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A Cádiz y a su Carnaval



*«Y aquí vengo, tierra mía,
con las uñitas comías,
loca por piropearte
y de camino recordarte
lo mucho que yo te quiero,
y si crees que es mentira,
quéname en El Mentidero».*

Chirigota Las Castas de Cai



Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia.



Prólogo

CÁDIZ, 25 DE ENERO DE 2016

7:35 A. M.

Sentía hambre, mucha hambre. La marea aún estaba bajando y salí de mi cueva con las pinzas en alto, desafiante. El cielo comenzaba a colorearse de un azul cada vez más claro, aunque la bruma que había inundado las charcas me impedía verlo con nitidez.

Anduve raudo entre las rocas intentando encontrar algo que llevarme al estómago. Dentro de una poza, varios camarones picoteaban los restos de una mojarrita que había perecido a causa de una batalla con otra de su especie, lo que hizo que mi apetito se disparara con solo pensar en su jugosa y tierna carne.

Había comenzado a descender cuando el mar golpeó contra las rocas un enorme cuerpo flotante. Era un ser humano, solo vestía una camisa raída y unos calzoncillos que tapaban sus órganos reproductores. Tenía los brazos en cruz y la cara hundida en el agua; el mar era el único que dirigía sus movimientos.

La fuerza de las olas le hizo subir por encima de las rocas dejándolo de costado sobre las piedras. El impacto le rasgó la cara y la sangre cuajada comenzó a asomar por las heridas. El rojizo néctar humano, que varias veces había probado, despertó en mí un instinto irrefrenable y en un abrir y cerrar de pinzas conseguí alzarme hasta su rostro con la ayuda de mis seis patas.

El hombre tenía la cara pálida y los ojos carcomidos por los peces. Así que, sin pensarlo, hiqué mi pinza derecha sobre su globo ocular con poca suerte. No fue hasta el tercer intento que conseguí agarrar el ojo y traerme un buen trozo hacia la boca. Tenía una textura gelatinosa sublimemente deliciosa.

Pronto pude comprobar que varios de mis compañeros de charca comenzaban a acercarse con la velocidad de un marrajo que arremete contra su presa, y dejé el deleite para otra ocasión; tenía que ingerir lo máximo posible.

Fue en ese preciso instante cuando otro humano surgió entre la niebla y emitió un desagradable chillido. Después de unos segundos de indecisión, se alzó desde el mar hacia las rocas y me apartó con un manotazo que hizo que me zambullese tres charcas más allá de donde estaba.

—¡Es Juan Carlos, el comparsista! —vociferó aquel ser que casi me parte en dos.

Comprendí que aquello iba a traer jaleo, además de la presencia de muchos humanos más, así que busqué el abrigo de mi pequeña cueva donde digerí pacientemente todo lo que pude tragar.

Al poco tiempo sentí hambre de nuevo, pero estaba lleno de personas por todas partes y cerré los ojos a la espera de la próxima bajamar.

Capítulo 1

EDIMBURGO, 1 DE DICIEMBRE DE 2015

12:17 P. M.

El sol se abría paso entre un entramado de nubes que se desplazaban lentamente, imperceptibles a los ojos poco perspicaces. Cuatro grados daban las buenas tardes a los ciudadanos de aquella latitud. La gente se abrigaba a conciencia y eran muchos los que sujetaban bebidas calientes entre las manos.

En la planta baja de un pequeño y antiguo edificio se encontraba una modesta academia de idiomas. Hacía unos minutos que el aula se había quedado vacía de estudiantes. Alejandro terminaba de recoger sus últimos enseres. Solo pensaba en llegar a casa y poder dar un buen trago a una cerveza helada.

El olor a cebada tostada que barría Edimburgo se introdujo en su olfato cuando intentó, no sin dificultad, cerrar una de las pesadas ventanas. La luz de una enorme lámpara alargada, que iluminaba desde el techo, parpadeó un par de veces antes de apagarse al pulsar el interruptor.

Se despidió de dos compañeros con un ligero cabeceo y enfiló hacia la puerta. Allí, apoyada en una farola, esperaba atada una bicicleta de paseo bastante arcaica y descuidada. Se puso los auriculares y apretó una tecla en su reproductor de MP3. Un pasodoble de la chirigota del Selu se reanudó justo donde lo había pausado antes de entrar en la escuela.

La cadena de la bicicleta chirrió en cuanto Alejandro inició la marcha. Fue dejando atrás los enormes sauces que siseaban y danzaban con el empuje del viento. Pedaleaba con fuerza y sentía los cuádriceps extenderse y contraerse como si fuera el motor de una antigua locomotora.

Llegó a casa chorreando en sudor, con la camiseta empapada y pegada al cuerpo, a pesar de la glacial temperatura de la ciudad. Dentro la calefacción bufaba cálida y silenciosa. Se dirigió directamente al frigorífico después de dejar tirado el pantalón por el suelo. Agarró una lata de cerveza, la abrió haciendo palanca con la anilla y dio un primer sorbo.

Con ella en la mano, se dejó atrapar por un mullido sofá de color negro. Encendió la televisión, que emitía un reportaje sobre la pesca del salmón, y se dejó llevar por aquel documental perdiéndose en sus absurdos pensamientos.

«El salmón en adobo es algo que debería investigar, podría ser un gran negocio en la ciudad y me vendría bien ganar algo más de dinero», pensó mientras terminaba con el poso de su cerveza.

Estiró las piernas sobre el sofá y dejó caer la cabeza en el reposabrazos suspirando de placer. Al cabo de un rato, fue a por otra cerveza. En el momento en el que la lata emitió un chasquido, su teléfono móvil sonó y el corazón le dio un vuelco. Miró, extrañado, el número de la llamada entrante.

—¿Dígame? —contestó arqueando las cejas.

—Hola, buenas tardes. ¿Podría hablar con el inspector Alejandro, por favor?

—Exinspector Alejandro al habla.

—Le llamo de la embajada de España en Escocia, soy la inspectora jefe de la policía española...

—¿En qué puedo ayudarle?—atajó receloso sin dejarla terminar.

—Le rogaría que se reuniera conmigo aquí en la embajada para tratar un asunto importante...

—Ya es la tercera vez que me llaman, no voy a cambiar de opinión porque me llame alguien de más rango —expuso intentando ocultar un enfado que aumentaba igual que su pulso.

—No, no piense eso, no es esa la intención.

—No tengo ningún asunto que tratar. Usted ya debería saberlo.

—Lo sé, no le quepa la menor duda; pero debería escuchar lo que tengo que contarle.

Hubo unos segundos de silencio. Alejandro, con la mirada perdida en una de las bisagras de la ventana del salón, pareció dudar.

—Le vuelvo a decir que no tengo nada que tratar, lo siento mucho. —Y colgó con rabia.

Enfurecido, apagó el teléfono, arrancó la batería y dejó caer con desprecio todas las piezas en una pequeña mesa. No sabía cómo habían conseguido su número, no sabía cómo habían dado con él, y no sabía por qué tanta insistencia.

«Debería buscarme otro número de teléfono, otra casa, y en otra ciudad».

No tenía ordenador y, por supuesto, tampoco disponía de conexión a internet. Una vez al mes visitaba la biblioteca para leer la prensa en uno de los pocos ordenadores públicos donde no tenía que revelar su identidad. Su casa estaba alquilada bajo un nombre falso y no tenía cuenta en el banco ni en ningún otro sitio donde tuviera que identificarse. Sobrevivía con los ingresos que le proporcionaban las clases de español que impartía en la academia y siempre exigía que se le entregara el salario semanal en mano.

Decidió salir a correr para intentar hacer desaparecer su creciente mal humor. Hubiera preferido relajarse de otra manera, pero supuso que ella no estaría disponible a esas horas. Con el gesto aún crispado, se calzó las deportivas y salió a trotar por un parque que había junto a su piso.

Al principio le costó coger ritmo. Sentía las piernas entumecidas y pesadas, pero pronto comenzó a adquirir vitalidad y a aumentar la velocidad del entrenamiento. Quería borrar de su cabeza la llamada que acababa de recibir, pero se le hacía imposible. En su mente rebotaban las preguntas de un lado para otro como si fueran niños saltando dentro de un castillo hinchable.

«¿Ahora quieren hablar conmigo? Ya es muy tarde, después de patearme el culo, vienen pidiendo favores. ¡Que les jodan a todos! ¿Pero cómo habrán conseguido dar conmigo?», esa última pregunta lo perseguía una y otra vez.

Adoraba correr, a medida que iba devorando kilómetros se sentía más y más vivo. Era una sensación que veneraba, aunque a veces recordaba las carreras por las playas de Cádiz. Añoraba poder sentir con cada zancada el aire húmedo y salado de sus orillas.

En la ciudad escocesa también respiraba aire limpio, aunque el otoño le helaba los pulmones. Sin darse cuenta, había acelerado tanto que el pulso se le había elevado en exceso y sentía el corazón desbocado. Llevado por la ira y tras más de una hora de carrera, esprintó los últimos cincuenta metros antes de dejarse caer sobre el césped que cubría el parque de los Meadows.

Se tumbó bocarriba jadeante. Su pecho se expandía y se contraía como si tuviera vida propia e intentaba, sin éxito, dominarlo. Sentía en la espalda el frío de la nieve que había cuajado sobre el césped.

Un coche alargado, oscuro y con los cristales tintados paró el motor a la altura donde Alejandro se acababa de tumbar; al parecer llevaba tiempo siguiendo sus pasos por una carretera

que discurría paralela a la arboleda. En su interior, alguien observaba tras el anonimato de las oscuras ventanas.

Segundos después, una mujer bajó del vehículo y puso sus pasos en dirección hacia el exhausto corredor que descansaba en el suelo inhalando y exhalando profundamente. Este ni la vio venir.

La dama clavaba sus tacones con sumo cuidado y de manera firme en la blanca nieve que cubría el césped. Sus cautelosos pasos no le impedían contonearse con cierto gracejo y sensualidad, a pesar de ocultar su cuerpo bajo un elegante y ceñido chaquetón de piel negro. Alejandro solo fijó su mirada en las piernas de la mujer cuando esta ya estaba sobre él ofreciéndole una mano para levantarse.

Tuvo que llevarse la mano a la frente para poder observarla, puesto que los destellos del sol le impedían ver con claridad. Cuando al fin pudo distinguir sus facciones, se sobresaltó y emitió un grito mudo.

—¿Jenifer? ¿Pero qué haces tú por aquí? —preguntó antes de aceptar de buen grado su ayuda.

—He venido a buscarte.

—Perdona que no te dé dos besos ni un abrazo, pero arruinaría tu... —Ella lo rodeó con sus brazos sin dejarle acabar la frase. Su pecho voluptuoso y firme chocó con el de él, empapado y sudoroso, humedeciéndole el abrigo.

—Te he echado de menos, cabronazo. —Lo volvió a achuchar y él le correspondió con la misma intensidad.

—Así que has sido tú la de la llamada, no te había reconocido, si lo hubiera sabido te habría mandado a la mierda y no hubiera sido tan educado.

Los dos se rieron a carcajadas y ella le propinó un pescozón cariñoso.

—Tenemos que hablar —dijo Jenifer con una mirada tierna y resignada.

—¿Pero cómo me has encontrado? —quiso saber con la cabeza todavía más desbordada de preguntas sin resolver que antes de salir a correr.

—Me enseñaste a buscar, me diste pistas. ¿Qué pensabas? Me lo has puesto muy fácil. Creo que solo por eso deberías escucharme, ¿no?

Se quedó pensativo durante varios segundos, intentando averiguar el motivo de su visita sin más resultado que la incertidumbre.

—De acuerdo, tú ganas. —Aceptó más por intriga que por interés—. No sé decirle que no a una chica guapa, pero al menos me dejarás quitarme esta peste a pescado podrido que llevo ahora, ¿no?

—¿Puedes oler a otra cosa mejor? —le preguntó ella forzando un semblante serio.

Los dos se volvieron a reír.

—Venga, anda, una cosa rápida, necesito que veas algo.

—No te preocupes, seré breve.

—No has cambiado mucho —dijo a la vez que sonreía y lo miraba con brillo en los ojos.

—Tú sí, al parecer —le respondió dándole un suave pellizco en la mejilla y haciéndola reír de nuevo.

Subieron al apartamento que tenía arrendado en la zona centro de Edimburgo. Ella echó un vistazo a su alrededor con curiosidad. Alejandro se duchaba con prisa y se oía el agua correr por el desagüe. La vivienda estaba un poco desordenada, tres pares de zapatillas de deporte estaban repartidas por el piso sin criterio. En la cocina se había acumulado la loza de la cena, la cual ya emitía cierto tufo a rancio.

En el salón, dos latas de cerveza y algunas revistas de *El Popurrí* se amontonaban en una pequeña mesa baja. En las paredes colgaban algunos carteles del Carnaval de Cádiz de diferentes años, y fotografías de agrupaciones que Jenifer inspeccionaba interesada. Pudo identificar todas, salvo una.

—¿¿¿Qué perfume te gusta más??? —le gritó desde el cuarto de baño—. ¿¿¿Aroma de erizo al sol del Sáhara o agua de estanque de la Unión Soviética???

—¿No te queda de la que usabas antes? ¿Esencia de coñeta caletera reseca en cubo de plástico?

—¡¡¡Un poco, sí, esa me pondré!!! —respondió mientras Jenifer arqueaba los labios y seguía examinando la fotografía. En dicho retrato aparecía inmortalizada una agrupación de carnaval. A ella le pareció que tenía bastante tiempo. El grupo de hombres había sido retratado sobre las tablas del Gran Teatro Falla, cada uno disfrazado de diferente manera. Había un obispo, una mujer con una mantilla de color blanco, uno con un capirote color celeste de lunares y más personajes característicos de la Semana Santa pero con un toque de humor.

Cuando salió del cuarto de baño, una pequeña niebla le rodeaba el cuerpo húmedo. Un aroma dulce y con olor a madera inundó la estancia. A Jenifer se le encendió una nube de recuerdos asociados a ese perfume y cerró los ojos durante unos instantes viajando al pasado.

—¿Quiénes son estos? —preguntó sin querer girarse.

—¿Esos? —dijo él como si tuviera que pensar la respuesta, abotonándose una camisa de rayas rojas y blancas—. Son la chirigota Los Tontos de Capirote del año 1986, si no recuerdo mal. Se hizo muy famosa porque a los capillitas y a la Iglesia en general no les hizo mucha gracia. Incluso la cadena de los obispos se inventó un error de emisión cuando estaban radiando el concurso y censuraron así su repertorio. Lo único que consiguieron con eso fue darles más publicidad y catapultarlos al éxito, fue un triunfo tremendo, aunque solo consiguieron el tercer premio de la modalidad. Y bueno —dijo para cambiar de tema sabiendo que se estaba enrollando demasiado—, ¿qué tal todo por Cádiz? ¿Ya te hicieron subinspectora?

—Soy inspectora —respondió ella hinchando sus pulmones y sacando pecho de manera burlesca.

—¡Enhorabuena! —apuntó sonriente y sintiendo un gran orgullo.

No podía ser menos, él fue su padrino policial. Por un momento recordó a la jovencita que pisó por primera vez la comisaría. Tenía veintiún años, acababa de licenciarse en Criminología con varias matrículas de honor y un futuro tan brillante como su pelo dorado.

No había tenido contacto con su ahijada policial en estos últimos tres años; solo algunas cartas manuscritas sin remite. A pesar de ello, parecían dos amigos que acababan de verse el día anterior.

—No te enseñe la casa porque está hecha una leonera.

—Ya la he visto, no te preocupes. La verdad es que he estado en chabolas más ordenadas que esta pocilga. Lo único que merece la pena es la cerveza y estas fotos —respondió ofreciéndole una lata de cerveza escocesa.

—Tendrás hambre, ¿no?

—Me comería un cochino con cáscara y todo —respondió de manera espontánea haciendo que a Alejandro se le dibujara una sonrisa sincera, sobre todo de la alegría de volver a verla.

Jenifer había cumplido veinticinco años, tenía la piel fina y delicada, y la encontró más radiante que nunca. Le pareció incluso un poco más alta, casi le alcanzaba en altura y eso que él no era ni mucho menos bajo.

—Pues sé de un sitio que te va a gustar —comentó sin poder desviar la mirada de los ojos de Jenifer que se atrincheraban detrás de unas gafas para miopes.

—Pero... —le dijo angustiada haciendo un gesto de incompreensión con los brazos. Tenía prisa por enseñarle aquello por lo que había venido a buscarle y él no dejaba de posponerlo una y otra vez.

—¿Qué peros ni peros? ¡Vamos! —le ordenó ofreciéndole su brazo; ella lo agarró con resignación pero con dulzura. Entraron en el ascensor y mientras él pulsaba el botón de la planta baja, ella dejó caer su cabeza junto a su hombro. La envolvió en sus brazos y le besó la frente. Al acercar sus labios pudo inhalar el aroma de su pelo.

—Lo siento mucho —dijo Alejandro un poco afligido y con el pecho contraído.

—No hay nada que sentir —le susurró ella.

Caminaron hasta un restaurante cercano donde servían una de las mejores carnes escocesas de la ciudad y a buen precio. Cuando el camarero tomó nota de la comida, él levantó la copa y propuso un brindis.

—Por la nueva inspectora. —Jenifer le copió el gesto y bebió sin dejar de mirarlo por encima de su copa.

La tarde se oscureció y la luz cambió de intensidad de manera drástica, las sombras se hicieron más fuertes en la ciudad mientras esperaban los platos.

—Voy a tener que encender esta vela —le espetó él con un gesto burlón y sacando un mechero del bolsillo.

Cuando prendió la mecha del cirio azulado, un aroma a vainilla comenzó a regar el ambiente. Ella permaneció absorta observando el danzar de la llama mientras Alejandro observaba sus ojos del azul del cielo de Cádiz.

Jenifer se decidió a sacar un dossier con unos documentos que llevaba en un maletín y se los entregó en silencio. Él asintió serio y, decidido, tomó los papeles que estaban en una carpeta.

—Lo hago porque eres tú, sabes que si fuera otra persona le habría tirado estos papeles a la cara.

—¿Por qué te crees que estoy yo aquí?

—Vamos a ver qué es eso tan misterioso y urgente.

Comenzó por la primera página de lo que parecía un informe policial firmado por la inspectora J. Medina. Mientras ojeaba la

documentación, el silencio se instauró en la mesa. Solo el ruido de algunos platos al chocar y la conversación jocosa de otra mesa cercana rompían el silencio.

Quizá fueron segundos, o breves minutos, pero a Jenifer le parecieron horas. Se enrollaba el pelo en uno de sus dedos una y otra vez, y no dejaba de humedecerse los labios preparándose para hablar.

Ella siguió observándolo analíticamente. Le pareció que había adelgazado algunos kilos. Tenía la cara más afilada y su mirada había ganado en intensidad desde la última vez que lo vio, aunque su rostro se mostraba pálido, lo que hacía denotar aún más el antojo morado que coloreaba gran parte de su mejilla izquierda.

Alejandro levantó los ojos del papel con un gesto tan serio que le provocó escalofríos por todo el cuerpo. Tragó saliva preparándose para escucharlo.

—Así que crees que hay un asesino en serie en Cádiz, que estas tres muertes pueden estar relacionadas y te envían aquí para convencerme de que vuelva a investigarlo, ¿no?

—No, soy yo la que quiere que vuelvas —dijo con una firmeza y una madurez que nunca había visto en aquella niña, hoy ya mujer.

—No puedo, lo sabes...

En ese momento, el camarero trajo una gran ensalada de rúcula y brotes tiernos, condimentada con salmón de Escocia y queso roquefort, varios tomates crudos en rodajas coronaban el plato.

—¡Sí puedes! —dijo Jenifer en voz baja queriendo ocultar un grito de desesperación.

Alejandro sacó de su bolsillo un pequeño aparato en forma de almacenamiento USB con dos minúsculos botones. Pulsó uno de ellos y lo hizo pasar sobre la ensalada hasta que una luz azulada se encendió.